

LUIS DOMÍNGUEZ

“ A L M E J A S ”

“Bring thee to meet his shadow (nameless
elf, That haunteth the lone regions where
hath trod. No foot of man), commend
thyself to God!”

E. A. POE

NADIE COMPARTE conmigo la afición a las almejas. Me gusta comerlas crudas, casi al mismo tiempo que se las quito al mar. Ahora he cambiado mi cortaplumas por un cuchillo bastante grande. Luego de abrirlas, hago una circunferencia en el borde con la punta afilada. El agua de mar les da más sabor. “El mango del cuchillo es de hueso”, juró el amigo de mi hermano, haciendo una cruz con los dedos. Yo no le vigilé para que la besara y por eso no me consta que jurara bien. Mi madre dice que tengo dientecillos de gato. Los colmillos especialmente me son muy útiles para raspar la concha. La carne de las almejas es un poco dura, como nervuda. Pero esto es más aparente que real, porque en la boca se va haciendo blanda y casi se deshace. Mi hermano me observa espantado. Yo sé muy bien lo que pasa por su cabeza. Recuerdo que al almuerzo hablé del “Pescador Negro”. Mi madre se puso pálida. Mi padre no quiso explicar lo que ninguno de nosotros ha entendido. Simplemente nos miraba tratando de averiguar en nuestros ojos. Cuando fui a la playa, no recordé lo que dijo mi hermano. Después estuve pensando que había sido en el almuerzo de ayer. Y estoy esperando a mi padre para hacerle la pregunta y contarle. “Hoy pasé más allá del bosque de los pinos”, tendré que confesar. Pueda ser que diga algo antes que yo tire. Ahora sé defenderme. De lejos soy capaz de distinguir al “Pescador Negro”. No le dejaría acercarse. Además, ya no podrá mirarme como lo hacía

antes. El mango del cuchillo tiene que ser de hueso, aunque él haya jurado mal. Mi hermano estaba presente cuando lo cambiaba. Me rogó que no volviera a pescar almejas; yo se lo he prometido y dudó de mi palabra. En unos minutos me habló dos veces más sobre el "Pescador Negro". Yo lo recordé cuando ya era inútil. Al volver no deseaba estar con nadie. En la tarde los labios de mi hermano parecen húmedos constantemente. No se puede saber qué observa o si antes me ha visto venir. No conté a mi hermano lo sucedido: pasé de largo levantando tierra con los pies. Sólo espero a mi padre para hacerle la pregunta y contarle. A pesar de que vi en los ojos de mi hermano que él estaba seguro de que a mí me había sucedido lo que temía, fui a mi dormitorio por delante suyo sin siquiera decirle: "Buenas noches, ¿está la comida de todos?" Si mi padre tuviera cuidado podría matar al "Pescador Negro". Si no lo hace, nunca más volveré a agarrar una almeja. Ya conozco el peligro. Al principio no me di cuenta. Me desnudé y entré en el mar. Eran cerca de las cinco de la tarde y todo estaba asoleado. Pude haberle dicho: "¡Amigo, yo no soy la hija del guardabosque!" Tuve miedo desde que volví la vista. El hombre estaba junto a mi ropa. No podía haberle dicho aquello, porque no entendí a que se referían al repetirlo. Yo supe quien era el que me aguardaba, pero no deseaba darme cuenta. El mismo que me miró en forma tan extraña otra vez. Igualmente fue en la playa. Tiene el pelo negro enmarañado por el viento; la cara opaca como la cáscara de una nuez y siempre la sonrisa brillante y dulce esperando, esperando. La otra vez nos bañábamos: fuimos varios. Al salir del agua, noté algo particular en su mirada; una suavidad que traspasaba. Pensé que el borde de sus ojos imitaba demasiado al borde de las almejas; donde yo hago la circunferencia con la punta afilada. Permanecía sin hablarme, con la vista fija en la mía. Uno de los que estaban dijo luego que aquel era el "Pescador Negro". Creo que ya lo sabía, por lo que contó la primera tarde mi hermano y, además porque sentí una gran necesidad de vestirme lo antes posible. ¿Qué podía yo hacer? "Hoy pasé más allá del bosque de los pinos", tendré que comenzar. Nadie me acompaña a buscar almejas,

absolutamente nadie. Mi padre dijo: "Lo prohíbo terminantemente". Pero no se refería a la pesca de almejas; entonces se trató de la playa. Estoy arrepentido de haber escogido la alternativa peor. Cuando salía del mar, me acordé de lo que dijo mi hermano y del asunto de la alternativa que explicó mi padre. Ahora escogí la de rezar. "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado..." Iba yo saliendo y el mar lentamente dejándome desnudo: los muslos, las pantorillas. El sol me alumbraba demasiado, pese a que lo tenía a la espalda. Sus ojos eran más fijos y brillantes. Ni siquiera fui capaz de poner mis manos delante del cuerpo. Al recordar su expresión de ese momento, creo que algo ha acontecido; que ya no soy el mismo: como esa vez que soñé con la hija del guardabosque y luego creía que había sido verdad. Pensé que debía rezar incansable, mas el ruido del mar ahogaba mi voz. Después: "Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor..." No estoy seguro si lo recé. Una tarde a la puesta de sol vi mi cuerpo desnudo reflejado en una almeja cargada de agua y nervioso vacié la concha, porque por un segundo me había figurado que yo pertenecía a la almeja y no, la almeja a mí. Entonces, los ojos del "Pescador Negro" fueron como la almeja de esa tarde al ponerse el sol. Yo tomé mi ropa. Me fui alejando. El me siguió. Cuando cambie mi cortaplumas, he prometido a mi hermano no volver a pescar almejas. El es el único que sabe que yo pasé más allá del bosque de los pinos. He meditado mucho sobre aquello de la alternativa. Me ardía la piel sabiendo que el hombre miraba desde atrás mi cuerpo desnudo. ¿Cómo huiría yo de un hombre tan grande? No pensé. Corrí. Sus manos cayeron sobre mí. Yo caí sobre mi tarro de almejas y me herí un brazo. Su cuerpo me aplastó. Sentí sus dedos con su manera de tocar apretando. Semejaba buscar mis músculos. Pataleando desesperado grité con llanto. Me dolía por la fuerza como tomaba. Nunca he querido algo tan extraño y al revés de como figuraba en mi sueño. Providencialmente descubrí mi cortaplumas en la arena. Se había caído al volcarse el tarro y estaba abierto como lo dejara en mi apuro por huir. El entretanto, ocupábase de otras cosas.

Cada segundo tornábase más tierno y bueno. Estaba como borracho, acezando. Yo, aparentemente vencido, le dejaba hacer. Pero no podía dominar mi terror y desesperación. El rogó en mi oído que estuviera quieto. Prometió algo extraordinario. No le escuché. Fue un instante extraño. Buscaba tranquilizarme y pidióme que le mirara a los ojos. Suerte imprevista. Al desear él apoderarse de todo lo mío, me volví hecho una serpiente y clavé mi cortapluma en uno de sus ojos para vaciarlo de su cuenca, como las almejas de sus conchas. Fue cosa de un segundo: la circunferencia en el borde con la punta afilada. Es curioso; sentí un gusto especial y nuevo. Dio un alarido tremendo y casi a un tiempo la enorme ola llegó hasta nosotros. Se retorció encogido, revolcándose en la arena. El agua le envolvió. Huí desatinado. Sin mirar atrás. Estoy cierto que se retrajo como un caracol en su espuma. A pesar de que vi en los ojos de mi hermano que él estaba seguro de que a mí me había sucedido lo que temía, no le he saludado esta tarde. Si mi padre tuviera cuidado, sería capaz de matar al "Pescador Negro". He estado en mi dormitorio meditando. No sé dónde quedó el ojo. Temo que me lo pregunten. Tampoco sé de mis almejas. Me pregunto: ¿Cómo ha de ser su mirada ahora? Pienso que quizás haya estado mal el tomar sus ojos por almejas, porque hay que considerar que mi padre había prohibido que fuéramos solos a la playa. "¡Amigo, hágame el favor; yo no soy la hija del guardabosque!" ¿Por qué yo tenía que hacer eso que él quería? Nadie me toca, nadie me toca. "¡Ya lo he dicho, compañero!" Yo quisiera saber qué clase de cochinas iba a hacerme él. Mi hermano y yo no entendimos y mi padre se negó a explicar nada. Hay alguien que dijo que los únicos que no hacen cochinas son los niños. Al que dijo eso yo le preguntaría: ¿Y lo del ojo que vacié como una almeja es o no una cochina?... Desde hace muchas horas que espero a mi padre para hacerle la preguntar y contarle.